

THE man WHO SOLD THE WORLD

Aldo Barucq Muro S.
Lic. en Filosofía UAA, 7° semestre

DOSSIER: ROCK

*Yo no puedo darte el corazón, /perdí mi apuesta por el rock and roll
y es la deuda que tengo que pagar /y ya no tiene sentido abandonar...*

Mauricio Aznar

El hombre que vendió el mundo no era ni de cerca el más rico. Incluso no tenía ni un quinto. Era flaco, nimio y no tenía ni un quinto.

—Pinche pendejo, cómo se te ocurre dejarnos sin mundo. Ahora a dónde iremos a vivir, ¿al cielo? ¡Ni madres!— y entonces su madre lo tundió a golpes.

El hombre que vendió el mundo todavía era joven, estúpido; olía a espíritu de adolescente, a estado de ebriedad y fanatismo. Al inicio era el caos, luego la luz, después el hombre y la estulticia y su religión que clama, lacrimoso, hacia la nada.

Un concierto de rock and roll es la ausencia de la muerte increíble, un hervidero de vida, ingenua, violenta juventud, incapaz de la calma. La sangre no cesa. El escenario es casi siempre el mismo: un grito de lucha en cada canción y sudor, pero revolucionario. El *rockstar* entra en ese estrecho bestiarío del sudor estético, igual que el atleta y que la rubia *pornstar*. El tugurio del rock and roll no es distinto a una turba furiosa buscando la cabeza del dictador o que arda una bruja herética. Sin embargo, “era un gentío más bien artístico”, decían. Su revolución buscaba la estática eterna, la paz del alma, una decadencia.

Cristof Smerdiakov era el vocalista de Los Santos Inocentes. Marcus estaba detrás de la batería y tocaba con la cólera idónea de una bestia felina: *leónida*. En el antebrazo derecho, tatuada e iracunda, tenía

la cabeza de un león sobre el cuerpo de una mujer lagarto. Cuando la baqueta impactaba el platillo, el tatuaje se constreñía como si envejeciera, como si las escamas fueran contagiosas. John Pop, *el fiel*, tocaba la guitarra. El amado amigo del cantante. Ambos, en un farragoso día de cruda, se inventaron una canción universal, una buena y nueva canción que no imaginaba a gente viviendo el ahora, que inventaba un cielo y un llameante infierno debajo de nosotros. ¿Por qué siempre el infierno, ¡oh! diabólico rockero? Hasta donde yo sé, Satanás es más bien una bestia amante del jazz suave y purpúreo. Ni rojo ni *rockstar* —él me habla. Jack Leví tocaba el bajo dando cuerpo a la voz de Cristof: dejad *bump* que *bump* los *bump* espíritus *bump* guerreros *bump* villanos *bump* demonios *bump* adolescentes *bump* se *bump* acerquen *bump* a mí *bump*. (Eso de cuerpo era más bien metafórico, metafísico: “el cuerpo no es musical”, dice John que decía Cristof). Lucas Manzarek: el tecladista, artífice del sucio sonido underground de algunas composiciones de Los Santos Inocentes, como: “Drunk on Cananea” o “Sex with a whore”.

Y luego estaba Cristof Smerdiakov. Hombre barbado, de ojos azules, esbelto, cabello lacio y cualquier demanda del buen gusto occidental.

—¿Por qué tu abdomen está tan marcado si jamás te ejercitas y tragas como cerdo?

—Porque así pintan la hermosura los fans— decía Cristof.

Sus compañeros cuentan que tuvo la idea de formar la banda mientras vagaba muerto de hambre por calles rojo neón-semáforo. Cuarenta minutos le bastaron. Sin un centavo en la bolsa y sólo con un oficio de dibujante de sillas de madera, él hurgaba en la basura de los bares rojos neón-semáforo. Hambriento y sucio, comía todo lo que encontraba, voraz, con enojo, ciego. Perdido, se tragó un hongo alucinógeno que un corredor de bolsa había tirado antes de llegar a casa, matando el cuerpo del delito ante el tribunal marital, el rastro de una noche de juerga. Cristof deliraba, los cláxones de la calle se articularon y fueron rock and roll, de pronto era tan fuerte, tan hombre y tan dios.

—¡Eh, tú, pordiosero! ¿Te encuentras bien? —le preguntaron al verlo arrastrándose por el suelo como peleando, como machacando a puntapiés la cabeza de Caronte.

—¿Qué haces, pordiosero?

—Estoy formando una banda de rock— respondió.

I look at my watch it say 9:25 and I think: “Oh God I’m still alive”. Y sigo con vida y sigo en deuda. Hoy es el gran día del concierto, tengo mi boleto,

mi playera: el primer *souvenir* del mundo se hizo con el sudario de Turín. Sirvo mi café. No hay más: el hombre que vende el mundo no es ni de cerca el más rico, incluso es pobre, flaco y de carne. “No sólo de pan vive el hombre, bastaba la palabra del ídolo *rockstar*”, me dijeron. Tomo el periódico. Leo *La Nota Roja*: “Hombre vende el mundo por concierto de rock and roll y entrega a sus hermanos a las más crueles masacres, holocaustos y guerras santas”; “Desastre nuclear en Medio Oriente: buenos contra malos”; “Una anciana siciliana es tomada por bruja y condenada a la hoguera: hizo una receta para pasta boloñesa tan deliciosa que sólo gracias al diablo debió haberla logrado”; “Tonight: Los Santos Inocentes”. Salgo a la calle rumbo al recinto. La gente me reconoce: menudo gasto vender el mundo. Las piedras comienzan a llover.

—Quien esté libre de pecado que... —No termino de hablar cuando una de ellas se estrella en mi ojo derecho. Sangro.

—Nadie está libre de pecado ahora, ¡nadie! ¡Gracias a ti! —gritan. Corro deprisa cubriendo mi herida, las piedras aún me alcanzan.

La música, como la literatura, el teatro o Van Gogh sufriendo su asimetría, es una herida sangrante. *The face in the mirror won't stop*. Quisiera evitarme la ridiculez de que mi relato, mi arte, remitiera a un amor malogrado. *The girl in the window won't drop*. Pero incluso los dioses son estúpidos, incluso ellos tienen entrepierna. *A feast of friends. Alive! She cried*. Ridículo, peor, porque me enamoré de una prostituta; muy de rockeros, muy uniforme, muy barato. *Waitin for me outside!* Una Puta. *Before I sink*. Puta-musa: qué ridículo y común. *Into the big sleep*. Se fue; vuelve, que tengo piedras con tu nombre. *I want to hear*. Pero se fue. *Bump*. Se fue. *Bump*. Se fue. *Bump. I want to hear*. A ella sí le era lícito morir; arder en el caldero que yo puse a hervir para desgracia de los malvados. *The scream of the butterfly*. Yo soy rock and roll. *Come back, baby: back into my arms*. Antes de mí sólo había ruido degollado. Una roca que impacta una cabeza: *crash*; viento que sopla: *fff*; agua que cae: *pst pst pst*. *We want the world and we want it...* Después de mí vino la música y el verdadero silencio, es decir, cuando me callo. *We want the world and we want it...* A una hora del concierto, reviso mis tablas. *Now?* Yo escribí los diez mandamientos del rock and roll. ¿Dónde? Encuéntralos en mis botas. *Now!*

Uno. La escena demanda un personaje. ¡Créalo! Quizás un saco con lentejuela, maquillaje, esmalte, un micro plumífero, un sombrero de enterrador: crea tu personaje. Llámese Ziggy Stardust, The Passenger o El Aragonés Errante. Dos. *No converse*. Tres. De noche la lentejuela brilla

y el humo fluorescente se puede derramar en tu cabello; toca de noche. Cuatro. Para criticar la racionalidad no se tiene que ser irracional. Cinco. No eres un semidiós, pero tampoco eres un hombre como los demás. Seis. ¡Crea, pequeño demiurgo bastardo! Crea la música, el dolor, la furia adecuada, lo trágico ideal. Siete. Los alucinógenos no siempre son necesarios, el reto es hacer arte desde las pingües capacidades humanas. Ocho. No es necesario agitar la cabellera, maldecir o arrojar el cuerpo hacia el soldado, a veces sólo basta el color negro como acto de protesta. *Paint it black*. Nueve. El diablo no está contigo, no le importas. Hasta donde recuerdo, el infierno es un silencio colosal, único e infinito, para que así no puedas dejar de pensar. ¡Por eso se llama infierno, pendejo! Diez. *God isn't love, love hides in molecular structures, love is the answer*. Yo soy Cristof Smerdiakov.

Así sangran los traidores y yo soy el más pobre de todos ellos. Perdí mi ojo, mi ojo de venado, el mundo. Sangro y soy un traidor. Todo a cambio de una infinitud feliz donde dejara de ser el derrotado. *Cancel my suscription to the resurrection*. El mundo puede valer un concierto de rock and roll. Primera fila. *Backstage*. Guitarra autografiada. El mundo ya no nos pertenece, lo vendí: ahora es un sucio muladar de cerdos, perecedero, mentiroso, pecador. El mundo es del ídolo. Pensé que habías muerto solo, hace mucho, mucho tiempo atrás. Golpéame, mamá, nos dejé sin mundo. Cuélgame. “¿Y eso qué me importa a mí? ¡Eso es cosa tuya! A lo mucho yo puedo sugerirte uno de mis árboles más altos”. ¡Estás cara a cara con el hombre que vendió el mundo!

Cristof salió a la escena vistiendo un pantalón de cuero en negro, botas café lustradas y una pañoleta negra que colgaba de su cuello hacia la derecha (la izquierda es de las bestias). Una cola de unicornio postiza le colgaba detrás. Esmalte rojo. Un rayo azul y rojo le cruzaba la cara. A veces, vestía un chaleco negro con algún monstruo oriental grabado en la espalda; otras, sólo un saco rojo o morado plagado de lentejuela negra. Ese día salió con el torso desnudo: un dragón tatuado le iba desde los pectorales hasta los perfectos oblicuos. Las luces rojas y amarillas hacían de la escena una oda al rock and roll. A medio concierto se arrojó al público, tentado, intercedido por los fans que “lo llevaron en sus manos para que sus pies no tropezaran con piedra alguna”. ¡Ay, ingenuo Paul! Te hizo falta una mejor escena para volverte de veras más famoso que él. Te hicieron falta colores, clavos, botas, la muerte estética que divide la historia en dos. La escena lo es todo, y Cristof se alzó agonizante, derramado en rojo sobre la historia del rock and roll. Yo soy Cristof Smerdiakov.



Lilia Luján, *Collage 2*.